el pueblo mas religioso, no será jamas un pueblo-rey.

De este modo el ejemplo del anciano, feliz en medio de su miseria, tranquilo en medio de sus aflicciones, me habia conducido al orígen del bien y del mal.

Nuestras pasiones terrestres son el árbol de la ciencia, y nos materializan, si el alma no las diviniza.

Entónces conocí la razon porque los desarrollos aislados de la inteligencia habian aumentado el mal, en vez de destruirlo. ¡Qué espectáculo tan terrible el de un pueblo vigoroso, activo, bregando contra las murallas de bronce de la falsa gloria, de la personalidad y del egoismo! Y nosotros presentamos al mundo este espectáculo, porque no tenemos opinion religiosa; y la opinion religiosa nos falta porque las madres han dejado de depositarla en la cuna de sus hijos.

Esta verdad ha sido el objeto de nuestras meditaciones, y nos ha inspirado la obra que se va á leer.

# LIBRO PRIMERO.

## INFLUENCIA DE LAS MUJERES.

## NECESIDAD DE SU EDUCACION.

## CAPÍTULO PRIMERO.

### DE LA INFLUENCIA DE DESCARTES EN LA EDUCACION DE LOS PUEBLOS.

El genio crea, el vulgo consagra.
(CECILIA FEE. *Pensamientos*, p. 123.)

Empiezo á advertir que en este mundo lo único que hay bueno es la virtud. Estoy harto de vicios, cuyas variedades he probado hasta lo sumo.
(LORD BYRON, Extracto de una de sus cartas citadas en sus *Memorias*, t. I, p. 526.)

MUCHA lentitud lleva en formarse nuestro siglo. Hace ya cuarenta años que disputamos, y aun no hemos decidido cosa alguna: no parece sino que el generoso impulso que se ha dado á los espíritus, ha servido tan solo para dividirlos. Discutimos de todo ántes de haber sentado principios sobre cosa alguna, y las reglas de la moral, no ménos que las delicadezas del gusto y que las doctrinas de la filosofía, han dejado de ser leyes á medida que se han ido convirtiendo en opiniones. No, ¡jamas el espíritu humano

habia dado una caida tan profunda! ¡jamas el espíritu humano se habia elevado tanto! pasando por todos los excesos para llegar á la verdad: de doctrinas las mas racionales á acciones las mas insensatas, de acciones las mas gloriosas á doctrinas las mas abyectas: filósofos, cristianos, evangelistas, realistas, congreganistas, jacobinos, todos nos hemos presentado al mundo cubiertos con los oropeles del imperio, con los andrajos de los descamisados, y con los escapularios del Jesuitismo, llevando en una mano la tabla sublime de los derechos del hombre, y en la otra el sable de Bonaparte, ó el hacha de Robespierre, y de caida en caida, de arrepentimiento en arrepentimiento, hemos venido á dar en la indiferencia de todos aquellos objetos de nuestras adoraciones. En aquel entónces nos desnudábamos de nuestras preocupaciones, y renunciando nuestros privilegios, la inteligencia recobraba su lugar y la civilizacion se engrandecia; entónces tambien formábamos de la razon un ídolo, de la propiedad un crímen, de la industria una moral, del terror una política, y de Marat un apóstol; la virtud tenia sus gemonias (1), y el crímen sus apoteósis (2). ¡Extraña ceguera! en medio de tan universal confusion de principios, despues de este drama sangriento, en el cual faltó á tantos hombres el valor; despues de tan risible comedia en que faltó á tantos hombres la memoria, sólo queda estable la fe de cada inteligencia en su propia infalibilidad.

Indudablemente apénas habrá quien se figure que una situacion tan extraordinaria pudiese provenir de las máximas de la sabiduría. Mucho distamos de Descártes, que, á la vista del mundo civilizado, desalhajaba y volvia á alhajar su alma, no permitiendo entrar en ella cosa alguna que no hubiese estudiado, que no hubiese juzgado, y que, rebatiendo el fárrago de la escuela, buscó siempre la verdad en las luces de la razon!

(1) Gemonia: sitio que los antiguos destinaban para suplicio de los reos.

(2) Apoteósis: dase este nombre á la ceremonia con que los Romanos colocaban á sus emperadores en el número de los entes divinos.



Y sin embargo este primer impulso decidió la suerte de Europa. Las revoluciones que obra el genio en el mundo de los pensamientos, terminan siempre por una revolucion en el mundo activo y popular. Hasta entónces la sabiduría no habia tenido otra medida que la fe; cinco palabras bastaban para decidir todas las cuestiones filosóficas y teológicas: *el maestro lo ha dicho.* Las doctrinas de Aristóteles eran tan sagradas como las de Jesucristo; para sostenerlas se empleaban silogismos; y cuando este modo de raciocinar era insuficiente, las llamas de las hogueras fueron, durante algunos siglos, la última razon de los doctores, así como la artillería es la última razon de los reyes.

Descártes, con la sola idea de apelar al exámen, dió, por decirlo así, un nuevo sentido á toda Europa. Vióse por primera vez impugnada la autoridad del maestro, y el mundo intelectual se halló sometido al juicio de la razon. Un librito de cien páginas, el exámen de conciencia de un jóven oficial, meditado bajo una tienda y concluido en los ratos que ofrecia una soledad profunda, acababa de cambiar el destino de los pueblos y de los reyes. ¡De los pueblos y de los reyes! ¡Sin embargo este método solo atacaba los errores de la escuela! Pero sobre estos errores, enseñados con autoridad, basaba todo el sistema social. Descártes creyó reformar la filosofía y no mudar una civilizacion. ¿Cuáles eran pues las potencias de la tierra? ¿Y cómo al primer exámen de la razon se desplomaron todas?

Es cierto que otro habia principiado esta obra, pero con un fin diverso: pues queria purificar la fe, sin destruirla, y en su reinado la discusion se limitó á la teología. Mas atrevido, Descártes, la llevó á la filosofía, que es toda religiosa, y el sacudimiento fué tan violento que el edificio teológico vino á bajo.

La mision de Descártes fué sublime, pero incompleta, pues si bien nos enseñó el principio que debia librarnos del error, se equivocó en cuanto al que habia de reconducirnos á la verdad. « Para llegar á la verdad, dice, es menester que una vez en la vida se desnude el hombre de todas las opiniones que hubiere recibido y reconstruya de nuevo todo el sistema de sus conocimientos. » Admirable trabajo que la Francia meditadora quiso ensayar á su ejemplo, y que la libertó á un tiempo de castas, privilegios, supersticiones, preocupaciones, de todos los errores, de todos los vicios que la devoraban. Pero, llegando el caso de reedificar con estos escombros, tomando cada cual su razon por juez, faltó la unidad. Buscábase el principio y solo se hallaban opiniones, de modo que por falta de autoridad comun, ó mejor, bajo la autoridad de Descártes; cada razon individual se constituyó soberana: hubo division, discusion, anarquía, y el siglo cayó en el caos.

En él nos hallamos todavía, siendo aquellos los males que hay que curar: ardua empresa, y cuyo resultado puede solo comenzar hoy nuestra salud. Trátase en efecto de librar al hombre de la mentira, y de guiarle hácia la verdad, al traves del torrente de sus pasiones y de sus opiniones, trátase de reconstruir el mundo civilizado sobre las bases del mundo moral y de salir de la licencia para salvar la libertad; nada pueden en ello ni los eruditos, ni los legisladores: no siendo tampoco ni la tribuna, ni los clubs, ni los colegios, ni las leyes ni los reglamentos



llamados á completar esta revolucion. Nada pidamos á los reyes de la tierra. ¿Cómo pensarian en el porvenir unos hombres que no tienen seguro el dia de mañana? Nada exijamos de la instruccion pública: porque ¿cómo formara buenos ciudadanos, cuando solo se le piden buenos escolares? Un pueblo sin religion puede tener escuelas, colegios, ciencias y nada mas. Busquemos, pues, un poder de todas las horas, de todos los momentos, de todos los siglos; poder indestructible, infatigable, amante de su obra y que abrace la sociedad entera. Dirijámonos á la familia, reclamemos su auxilio en favor de la familia, en favor de la patria, en favor de la humanidad. El hombre cegado por sus pasiones camina por el borde del abismo, pero no quiere arrastrar á él á sus hijos. Una madre puede desear una fortuna, soñar un poder para el hijo que idolatra; pero ¡cuál fuera su espanto, cuál su terror, si se le dijera: « ¡Este hijo, objeto de tanto amor, que alimentas con tu leche, que llenas de caricias, dejará atras á los Robespierre y morirá en un cadalso! » ¡Perdida, perdida sin remedio la generacion que acaba de nacer, si no se levanta en cada familia una voz en favor de la verdad! la verdad es la que nos falta; la verdad, sola vida del alma y único porvenir del linaje humano!

Pero ¿cuál será esta voz, cuya elocuencia ha de insinuarse con suavidad en lo mas profundo de nuestra alma? ¿Quién inculcará á nuestros hijos esas autoridades eternas, que ninguna revolucion puede derrocar? Hay en cada familia una divinidad olvidada, cuyo poder es irresistible, cuya bondad inagotable; que no vive sino de nuestra propia vida, que no tiene mas satisfacciones que las nuestras, y cuya fuerza toda procede del amor: á esta invocaremos. Pero ántes de confiarle nuestros votos, ántes de pedirle la gloria de la patria y la felicidad de nues-

tros hijos, hemos de examinar lo que se ha hecho en nuestros dias en unas materias tan importantes, y sin embargo nuevas. Cuando tengamos bien conocida la extension de la obra, será cuando llamemos al artífice.

Napoleon decia un dia á la señora Campan: « Los sistemas antiguos de educacion nada valen; ¿qué les falta á los jóvenes para ser bien educados? » « Madres, » contestó dicha señora. Esta respuesta admiró al Emperador, y viéndole en sus ojos brillar la idea: « Este sí, dijo, que fuera un sistema completo de educacion: dedicaos, señora, á formar madres que sepan educar á sus hijos. »

Esta profunda sentencia es el asunto de nuestra obra. Poco esperamos de la generacion actual, y de las educaciones públicas mal dirigidas; hemos dicho tambien á nuestra vez: « Dediquémonos á formar madres que sepan educar á sus hijos. »



# CAPÍTULO II.

## MISION DE LA MODERNA FILOSOFÍA.

> Siempre he creido que si se reformase la educacion de la juventud, se conseguiria reformar el linaje humano.
>
> (LEIBNITZ, *Cartas á Placcio*, tit. V.)

> Nacido el niño, su madre, si es tal madre, ha de alimentarle con la leche de sus pechos, que son la hermosa fuente que naturaleza sabia y próvida tiene destinada á este objeto.... ¿Y qué entretenimiento mas delicioso puede tener una madre que el que le produce la lactancia de sus hijos, cuyo lenguaje y graciosa jerga, cuya dificultad en la pronunciacion de las palabras, cuya risa cándida y amorosa, y la alegría de que llenan la casa, deja atras lo mas delicioso del mundo?
>
> (*Libro de la policía humana* por Patricio de Senes, obispo de Gaeta, p. 75.)

PÉSIMO siglo fué el de Luis XV: un rey sin poder, una nobleza sin dignidad, un clero sin virtudes; las desordenadas costumbres de la regencia, mezcladas con las preocupaciones góticas de la edad media; toda la raza feudal cubierta de bordados, príncipes, duques, marqueses, gentileshombres, hidalgos, formando de la corrupcion un arte, y un mérito de sus vicios: nobles por la gracia de Dios, filósofos por la gracia de Diderot: cabezas lijeras, cabezas locas, leyendo la Enciclopedia como sus censores, sin en-

tenderla; aspirando á ideas profundas, y refugiándose en la incredulidad bajo la fe de los chistes de Voltaire ó de un cuento de Voisenou! ¡En tal estado se hallaba la sociedad en el último siglo!

Debajo de aquella multitud cubierta de oro, habia un pueblo que miraba: se le habia dejado olvidado allá en la calle, y sin embargo miraba; entreteniéndose en observar aquella gran comedia, cuyos actores, despojados de improviso de sus armaduras de hierro y de sus insignias feudales, empezaban á parecerle de una raza ménos pura y ménos formidable. Agobiado bajo el peso de su larga servidumbre, el pueblo continuaba bárbaro en el seno mismo de la civilizacion, ignorante en el seno de las ciencias, miserable en el seno de la riqueza, sin ideas ni de sus derechos, ni de sus deberes, y hallándose al frente de sus amos, cual leon delante de su presa, libre en toda su fuerza y en toda su ferocidad.

¿Y qué oponia el poder á tan inminentes riesgos? ¿Dónde estaba la legislacion que habia de proteger á los ciudadanos, y el culto evangélico que habia de reformar las costumbres? Al poder nada se le ocurria, seguia lo pasado sin pensar en el porvenir, sin acordarse del pueblo; valiéndose de la Bastilla contra los nobles, de la Sorbona contra los filósofos, y careciendo de fuerza tanto para modificar las leyes, que en medio de los progresos del siglo continuaban tan bárbaras como ántes, como para dispertar á sus doctores, estúpidamente absortos, contemplando los milagros de S. Pâris en presencia de los enciclopedistas.

Un hombre, un solo hombre pensaba entónces en el porvenir del pais, y este hombre no era siquiera francés, sino hijo de un pobre relojero de Ginebra, educado bajo los principios de Plutarco, republicano moderado por el Evangelio, cuya miseria le habia



acercado al pueblo, y cuyo orgullo le habia alejado de los grandes. Conmovido al contemplar la disolucion general, concibe una de aquellas ideas fecundas, de las cuales pende por medios imperceptibles el destino de la humanidad. Su objeto era dar ciudadanos á la patria; y parece que no trata mas que de dar madres á nuestros hijos. La leche maternal será la leche de la libertad. Ocultando la regeneracion de la Francia bajo el velo de una educacion aislada, aparta á su discípulo de todas las mentiras de la educacion pública: en un plan tan vasto, en que solo aparece un niño y su ayo, el genio de aquel filósofo comprende todo lo que puede formar un gran pueblo; sabe que las ideas de libertad individual no tardan en convertirse en ideas de libertad nacional. Educando á un hombre, trata de formar una nacion.

¿Y cuál será el móvil de esta gran revolucion? En medio de tanto envilecimiento, ¿quién osará vivificar las almas en el santo amor de la verdad? Hay en el corazon de la mujer cierto espíritu de republicanismo que la llama á la heroicidad y al olvido de sí propia: allí busca aquel un apoyo; allí encuentra el poder. No, cual severo moralista, impone fúnebres é importunos deberes; sino que, invocando una fiesta de familia, presenta á la adoracion del mundo una madre sentada al pié de una cuna, teniendo un hermoso niño en su regazo, y brillando de contento bajo las tiernas y penetrantes miradas de su esposo. Cuadro encantador que revela á las mujeres un poder todo divino, el de hacernos felices por medio de la virtud. No, jamas la palabra del hombre tuvo una mision tan santa: á su voz cada mujer se convierte en una madre, cada madre en una esposa, cada hijo quiere ser ciudadano. ¡Gloria inesperada! La regeneracion que él repuso en el seno materno, era llamada á empezar la libertad del mundo!

De este modo se renovó la familia, y por medio de la familia la nacion. De este modo las mujeres trabajaban sin saberlo en una regeneracion universal. Se las habia puesto de su parte, sin confiarles el objeto; y cuando la Europa creia serle únicamente deudora de la felicidad de los hijos y de la virtud de las madres, acababa de echar los fundamentos de la libertad del género humano.

Es cierto que la educacion pública, que marchaba con el siglo, le secundó maravillosamente. De tiempo inmemorial vivia en los colegios la admiracion virtuosa de la Grecia y de Roma: nuestros padres no veian en ello mas que un estudio de palabras frias y pedantescas; pero estas palabras expresaban grandes cosas, y apasionaban la juventud á la vida heróica, á la gloria y á la libertad. ¡Qué engaño y qué indignacion, cuando al salir del colegio un jóven se hallaba de improviso obligado á representar su papel en la comedia del mundo! Habia soñado Roma y Esparta, y dispertaba rodeado de farsantes, de cortesanos y de abates! todas sus virtudes se habian convertido en crímenes, y la vida de Bruto, de Arístides ó de Epaminóndas no podian á lo mas servirle sino para conducirle á alguna casa de locos!

Pero ¡qué entusiasmo cuando apareció un libro en que respiraba aquel amor de patria que envidiamos á la antigüedad! No es que su autor hiciese nacer el sentimiento; lo que sí hizo, fué darle una direccion inesperada y transportar nuestra alma de lo pasado á lo presente, de modo que habiéndose un dia confederado la nacion en una fiesta cívica, en uno de los bellos dias de julio, todas las provincias perdieron sus nombres, no quedando en Francia mas que un pueblo francés; pueblo libre por su poder, y rey á su vez por la gracia de Dios!

Tal fué la influencia del jóven filósofo sobre las



mujeres, y despues sobre la nacion. Obtuvo de ellas cuanto exigió: fueron esposas y madres. Si hubiese dado un paso mas, si les hubiese confiado la educacion moral, así como les confiara la física, el amor materno hubiera sido el móvil mas poderoso de la humanidad. Por desgracia se detuvo. El que, hablando de las mujeres, dijo con tanta razon: ¡Cuántas y cuán grandes cosas pudieran hacerse con tal resorte! no atreviéndose á proponerles una cosa grandiosa, abandona á su ternura los cuidados de la niñez y cree cumplido su destino!

Algo, pues, queda que hacer despues de esto: al impulso dado á los estudios morales le faltó fuerza, porque le faltaron agentes; y estos agentes han de buscarse no entre los doctos, no entre los filósofos, sino en el seno de la familia. Los hombres apénas educan sino á los que tienen dinero, y á estos les compran un ayo; la naturaleza es mas grandiosa, la naturaleza da uno á cada niño; dejemos pues al niño bajo la egida de su madre! No sin intencion le confiara naturaleza, al nacer, al solo amor que es constantemente fiel, al desprendimiento materno que no acaba sino con la vida.

# CAPÍTULO III.

## CONTINUACION DEL MISMO ASUNTO.

## DE ALGUNAS GRATAS INFLUENCIAS DE LA FAMILIA.

> Los sentimientos que nunca se acaban son los que nacen al rededor de nuestra cuna, y la voz de los ancianos prueba suficientemente que nuestras emociones primeras son tambien nuestros últimos recuerdos.

Hay en un libro cierta contradiccion que será útil dilucidar.

Si de una parte vuelve las madres á los niños, y trabaja por este medio en el restablecimiento de su familia; de otra separa al hijo de los brazos de su madre y le entrega á un ayo ideal, que ha de reemplazarla en todo. Cualquiera diria que su objeto es romper los vínculos de la naturaleza: porque la naturaleza da al niño hermanos, hermanas, tios, un padre, un abuelo, dulce prevision que al nacer pone en su alrededor los goces de su edad y la razon de los tiempos pasados! ¿Echaremos de la casa esa numerosa y alegre familia que le recibe con ternura en las puertas de la vida? ¿Destruiremos una ley que prepara con tanto cuidado afecciones á su infancia, consejos y ejemplos de su juventud? no se llega á las leyes de la naturaleza sin desordenar previsiones, sin destruir beneficios. Observemos los resultados de esta teoría en la pérdida de las relaciones, al parecer, tan poco importantes del anciano y del niño:



la Providencia no los reune mas que un momento en un rincon del hogar doméstico; pero ¡cuántas y cuán profundas impresiones en tan corta entrevista! Es una vida que se desprende, y una vida que se prepara: la niñez juguetea al rededor de la vejez para darle sus últimos goces, para recibir de ella sus primeras instrucciones: grato cambio, en que la debilidad de entrambas edades produce las mas vivas consonancias. Observad como en los dos extremos de la vida se hallan las mismas inclinaciones, y notad cuanto conducen al recreo del uno y á la educacion del otro: hay un atractivo que los aproxima; al anciano le gusta hablar, al muchacho oir; el anciano no repara que repite lo que ha dicho mil veces, el niño no se cansa de las repeticiones; le gusta oir lo que ya sabe, lo mismo que al anciano le gusta repetir lo que ha dicho. Cuéntame la historia del otro dia, dice el niño, y pone la misma atencion hoy que ayer, y cien cosas nuevas le admiran en la historia que se le ha contado ya cien veces. De este modo hasta las enfermedades de la vejez entran en las previsiones de la naturaleza: y así el amor conduce y la curiosidad retiene al niño jugueton en la mano del anciano que le bendice.

Ciertamente no podia entrar en el plan de la obra la destruccion de una armonía tan encantadora: y efectivamente nada destruia, pues que nada existia en aquel entónces. La depravacion de la sociedad habia hecho desaparecer la familia, y de todas partes sucumbian bajo el peso del ridículo la virtud conyugal y la ternura materna, que eran los únicos restos de nuestra moral. El mal estaba en su apogeo, y no se trataba tan solo de corregir una nacion, sino de rehacerla, morigerándola. No ataca la cuestion de frente; y aunque puede combatir el vicio, carece de fuerza para hacer amar la virtud, cuando poseerla es

un motivo de ser ridiculizado; en tal extremo reclama el auxilio del amor materno, dispierta un sentimiento ántes de inspirar un deber, y conmueve las almas ántes de manifestarles la felicidad de las virtudes que abandonan. Aparenta aislar á su discípulo, para librarle de las corrupciones del siglo, pero le coloca realmente en el regazo materno para reconstituir la familia y hacer innecesarias para lo sucesivo toda clase de precauciones. Cuanto mas lo leo, cuanto mas lo estudio, mas me convenzo de que el ayo ideal de aquel no es mas que un medio transitorio para llegar á la madre de familia.

Este pensamiento secreto se presenta en toda su claridad en el libro V, libro divino en que el ayo deja escurrirse una parte de su dominio, y la familia empieza á volver de nuevo al suyo. Emilio, aunque educado en la soledad, está destinado para el mundo: siente la necesidad de amar; su aislamiento cesa en el momento en que desea una compañera: y le vemos de improviso transportado en un retiro, lleno de embelesos, en el cual volvemos á hallar la familia, gente de bien, cuyas virtudes son el ornato de su vida; una mujer, un marido, una hija, báculos el uno del otro, modelo de piedad, modelo de union conyugal! Un marido, hombre de bien en toda la extension de la palabra, una hija educada á la vista de su madre, y que promete igualarla un dia. De esta manera prepara la renovacion de la sociedad: todas las escenas que bosqueja son naturales, frecuentes y dirigidas al corazon: esta parte de su obra no es un capricho, es la vida. En oposicion al gracioso cuadro de los enajenamientos del amor, pone el mas severo, pero no ménos apetecible de la felicidad doméstica; presenta los amantes con sus esperanzas inquietas, sus padres con su tierna seguridad; el punto de la salida y el punto de la llegada: delicioso contraste de



todas las satisfacciones de la familia que corona la obra cual para manifestarnos su objeto.

Con todo, este libro admirable empieza por una imposibilidad: puede su autor presentarnos Emilios; pero ¿dónde encontrará ayos? Con tantas perfecciones como exige, ¿habrá siquiera uno, digno de ese noble empleo? Por cierto que si existiese en el mundo un ser tan desprendido, no creo educase jamas sino á sus propios hijos; y de esta manera tenemos que el filósofo nos vuelve tambien á la familia. Así es que muchas mujeres creyeron obedecerle, encargándose de las funciones del ayo, pero no acertaban á dar un paso firme en un terreno que huia bajo sus pies. La preocupacion gótica que las condenara á la futilidad, las tenia todavía sujetas, y el mismo escritor habia cedido á ella, educando á Sofía en una ignorancia vulgar, tal vez con la intencion de que le fuese funesta: desde aquel punto las mujeres se detuvieron, y el respeto con que miraron el olvido del maestro, ha sido una de las grandes desdichas de la sociedad. Una sola palabra hubiese bastado para conseguir de una madre todas las perfecciones tan difíciles de reunir en un ayo.